

PAMELA DRUCKERMAN

Sabes  
que tienes  
40  
cuando...



Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño  
Diseño de interiores: Víctor Santacruz

Título original: *There are no grownups*

© 2018, Pamela Druckerman

Derechos mundiales reservados para William Morris Endeavor  
Entertainment, LLC.

Traducido por Susana Olivares Bari

Partes de este libro aparecieron por primera vez en el *New York Times* bajo los títulos “What You Learn in Your 40s”, “How to Find Your Place in the World After Graduation”, “How to Talk to Children About Terrorism” y “In Paris, a Night Disrupted by Terror”; y en *Marie Claire* bajo el título “How I Planned a Ménage à Trois”.

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.  
Bajo el sello editorial DIANA M.R.  
Avenida Presidente Masarik núm. 111,  
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo  
C.P. 11560, Ciudad de México  
[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: febrero de 2020  
ISBN: 978-607-07-6481-3

Primera edición impresa en México: febrero de 2020  
ISBN: 978-607-07-6480-6

Algunos nombres y detalles de identificación han sido cambiados para proteger la privacidad de las personas involucradas. En algunos casos, la cronología de los acontecimientos ha cambiado.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CEMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.  
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México  
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*



---

# ÍNDICE

---

Introducción. <i>Bonjour, madame</i>	12
1. Cómo encontrar tu vocación	23
2. Cómo elegir pareja	36
3. Cómo cumplir los cuarenta	44
4. Cómo criar niños	51
5. Cómo oír	57
6. Cómo tener sexo	63
7. Cómo planear un <i>ménage à trois</i>	73
8. Cómo ser mortal	86
9. Cómo ser una experta	99
10. Cómo tener una crisis de la mediana edad	106
11. Cómo ser Jung	118
12. Cómo vestirse	127
13. Cómo envejecer con dignidad	143
14. Cómo aprender las reglas	153
15. Cómo adquirir sabiduría	161
16. Cómo dar consejos	173

17.	Cómo salvar los muebles	181
18.	Cómo averiguar lo que está pasando	189
19.	Cómo pensar en francés	203
20.	Cómo hacer amigos	212
21.	Cómo decir que no	220
22.	Cómo controlar a tu familia	228
23.	Cómo tener miedo	235
24.	Cómo saber de dónde eres	240
25.	Cómo permanecer casada	253
	Conclusión. Cómo ser una <i>femme libre</i>	263
	Bibliografía	271

**Para mi familia**

**Los cuarenta son una edad temible.**  
**Es la edad en la que nos convertimos en quienes**  
**somos.**

CHARLES PÉGUY



---

## INTRODUCCIÓN

### *BONJOUR, MADAME*

---

**S**i quieres saber la edad que aparentas, simplemente entra a un café francés. Es como un referéndum público de tu rostro.

Cuando me mudé a París a inicios de mis treinta, los meseros me llamaban «*mademoiselle*». Era «*Bonjour, mademoiselle*», al entrar a los cafés y «*Voilà, mademoiselle*» cuando me servían mi bebida. En aquellos primeros años me senté en muchos cafés diferentes —no contaba con una oficina, de modo que pasaba el día escribiendo en ellos— y en todas partes me decían *mademoiselle*. (De manera oficial, la palabra se traduce como «mujer soltera», pero ha llegado a significar «mujer joven o señorita»).

Sin embargo, para cuando cumplí los cuarenta me enfrenté a un cambio colectivo de códigos de conducta. Los meseros empezaron a decirme *madame*, aunque con formalidad exagerada o con un guiño burlón. Era como si *madame* fuera algo a lo que estuviéramos jugando. Al menos, mientras tanto, seguían usando el *mademoiselle* ocasional.

Pero, pronto, desaparecen incluso estos juguetones *mademoiselles*, y mis *madames* dejan de ser tentativos o irónicos. Es como si todos los meseros

de París (que son primordialmente hombres) hubieran decidido, en masa, que he desocupado la zona limítrofe entre la juventud y la mediana edad.

Por una parte, me siento intrigada por esta transición. ¿Será que los meseros se reúnen después del trabajo para tomarse una copa de vino de Sancerre y ver una presentación de diapositivas a fin de decidir a qué clientas deben bajar de categoría? (De manera irritante, los hombres son *monsieur* de por vida).

Por supuesto que estoy al tanto de las convenciones del envejecimiento. He observado las líneas de expresión y pequeñas arrugas que empiezan a aparecer en los rostros de mis colegas. Ya a mis cuarenta puedo ver el esbozo de la apariencia que algunas de las personas que conozco tendrán a los setenta. Es solo que no esperé que *madame* me pasara a mí o, por lo menos, que sucediera sin mi consentimiento.

Aunque jamás fui una belleza, descubrí mi superpoder en mis veinte: me veía más joven de lo que era. Todavía tenía la piel de una adolescente. Las personas realmente no podían determinar si tenía dieciséis o veintiséis. En una ocasión, mientras me encontraba de pie sola en el andén del metro de Nueva York, un hombre mayor se paró junto a mí y me dijo con dulzura: «Todavía tienes carita de bebé».

Supe a lo que se refería y me decidí a preservar esa ligera ventaja. Mucho antes de que mis amigas se preocuparan de las arrugas, yo utilizaba bloqueador solar y crema para los ojos cada mañana, aparte de embadurnarme con distintas pociones por las noches. No desperdiciaba ni una sonrisa en algo que no fuera realmente gracioso.

Todos mis esfuerzos tuvieron su recompensa. Ya entrada en mis treinta, era habitual que quienes no me conocían supieran suponiendo que estudiaba en la universidad, y que los encargados de los bares pidieran que les mostrara mi identificación. Mi edad de cumplidos —la edad que las personas te dicen que aparentas y a la que debes añadir otros seis o siete años— se mantuvo por allí de los veintiséis sin grandes problemas.



En mis cuarenta y pico esperé finalmente cosechar la venganza de la chica de apariencia promedio. Entré a esa etapa de mi vida en la que no necesitas ser bella; simplemente con verte bien conservada y no estar obesa, pasas por bonita. Por un tiempo, la estrategia pareció funcionar. Infinidad de arrugas micrométricas aparecieron en los rostros de mujeres que siempre habían sido mucho más guapas que yo. Si no había visto a una amiga en algunos años, me preparaba mentalmente antes de la reunión; no fuera que por accidente me le quedara viendo fijamente a causa de lo mucho que había cambiado. (En Francia le dicen *coup de vieux* o «golpe de vejez» a esta tendencia de verse igual por mucho tiempo para después verse mucho mayor de manera repentina).

Contemplaba las raíces canosas y frentes arrugadas de muchas de mis contemporáneas con un triste desapego. Yo era la prueba del viejo proverbio que reza que cada uno termina con la cara que se merece. Y, por supuesto, lo que yo merezco es un semblante permanentemente juvenil. Pero al paso de lo que parecieron tan solo algunos meses, algo cambió en mí también.

Los desconocidos ya no expresan incredulidad ante lo joven que parezco ni parecen impactados cuando les revelo que tengo tres hijos. Las personas a las que no he visto en algún tiempo hacen una pausa un poco más larga cuando ven mi cara. Cuando llego a un café a reunirme con algún amigo más joven, su primera reacción es no tomarme en cuenta en absoluto; no se percata de que la dama de mediana edad de pie frente a él soy yo.

No todas las personas de mi misma edad se sienten angustiadas por estos cambios, pero muchas parecen estar padeciendo una especie de pasmo de la mediana edad. Una de mis amigas dice que, al llegar a una fiesta, ya no experimenta el momento Cenicienta en el que todo el mundo la voltea a ver. He notado que, en la actualidad, en las calles de París, los hombres ya no valoran mi aspecto a menos de que vaya completamente peinada y maquillada. E,

incluso entonces, detecto un nuevo y alarmante mensaje en sus miradas: me acostaría con ella, pero solo si hacerlo *no requiriera ningún esfuerzo en absoluto*.

Pronto, los *madame* me están lloviendo desde todos los flancos. Es «*Bonjour, madame*» cuando entro a un café, «*Merci, madame*» cuando pago la cuenta y «*Au revoir, madame*» cuando me marchó. Y hay veces en que varios meseros exclaman eso al mismo tiempo.

Lo peor del asunto es que no están tratando de insultarme. Aquí en Francia, donde llevo viviendo doce años como estadounidense expatriada, *madame* representa una forma educada de trato. Yo les digo *madame* a otras mujeres todo el tiempo y les he enseñado a mis hijos que así se dirijan a la vieja señora portuguesa que se hace cargo de nuestro edificio. En otras palabras, piensan que estoy tan dentro del territorio de *madame* que la gente supone que no hay forma de que me lastimen al dirigirse a mí de esa manera.

Me doy cuenta de que algo se ha alterado definitivamente cuando paso frente a una mujer que pide limosna en una acera cercana a mi casa.

—*Bonjour, mademoiselle* —le dice a una joven de minifalda que va a unos pasos delante de mí.

—*Bonjour, madame* —dice cuando paso frente a ella un segundo después.

Todo esto ha sucedido demasiado pronto como para que lo pueda digerir. Sigo teniendo la mayoría de la ropa que usaba como *mademoiselle*. En mi despensa hay latas de comida de la era *mademoiselle*. Incluso los cálculos me parecen ilógicos: ¿cómo es posible que, en el espacio de algunos años, el resto del mundo se haya vuelto diez años más joven que yo?

¿Qué son los cuarenta? Ha sido mi costumbre no comprender el punto clave de una década sino hasta que acaba y la he desperdiciado por completo. Pasé mis veinte esforzándome en vano por encontrar un marido cuando debí consolidar mi trayectoria profesional como periodista

y visitar sitios peligrosos antes de tener hijos. Como resultado, no dudaron en despedirme del periódico en el que trabajaba a principios de mis treinta. Eso me liberó para pasar el resto de la década rumiando acerca de mis agravios y del tiempo que había perdido.

Esta vez me he decidido a comprender este decenio mientras sigo estando en él. Pero, aunque cada cumpleaños me produce cierto vértigo —en cada uno eres lo más vieja que jamás hayas sido—, los cuarenta de la actualidad son especialmente confusos. Son una década sin narrativa. No solo son una nueva cifra; parecen toda una nueva zona atmosférica. Cuando le digo a un emprendedor de cuarenta y dos años que estoy haciendo una investigación relacionada con los cuarenta, abre los ojos más de lo habitual. Es exitoso y se sabe expresar, pero su edad lo deja completamente mudo.

—Por favor —me ruega—, dime qué son los cuarenta.

Evidentemente, los cuarenta están en la mirada de quien los contempla y también dependen de tu familia, tu salud, tus finanzas y del país en el que vives. Yo los estoy experimentando como mujer blanca estadounidense privilegiada; un grupo al que no precisamente llamarías hostigado. Me dicen que cuando una mujer cumple los cuarenta en Ruanda, de allí en adelante se dirigen a ella como «abuelita».

Con su característica mezcla de precisión y pesimismo, los franceses han dividido la mediana edad en la «crisis de los cuarenta», la «crisis de los cincuenta» y el «demonio del mediodía», que un autor describió como el momento en el que «un hombre de cincuenta y tantos se enamora de la niñera de sus hijos». Y, sin embargo, tienen una narración optimista acerca de cómo envejecer, en la que una persona se esfuerza por alcanzar su libertad. (Los franceses tienen sus defectos, pero aprendí de algunas de sus mejores ideas).

Donde sea que te encuentres, los cuarenta se perciben como vejez si los miras desde abajo. Escucho a estadounidenses en sus veinte describir los cuarenta como una década distante y mítica donde ya será demasiado tarde,

cuando se arrepentirán de todo aquello que no hicieron. Cuando le digo a uno de mis hijos que estoy escribiendo un libro acerca de los cuarenta, me responde que a él le gustaría escribir un cuento acerca de tener nueve años: «Va a decir: "Tengo nueve años. Tengo mucha suerte. Todavía soy joven"».

Y, a pesar de ello, para muchos de los adultos mayores que conozco, los cuarenta son la década a la que más les gustaría regresar si pudieran viajar en el tiempo. «¿Cómo pude haber pensado que era viejo a los cuarenta?», me pregunta Stanley Brandes, un antropólogo que escribió un libro acerca de cumplir los cuarenta en 1985. «Miro hacia atrás y pienso: "Dios mío, qué suerte tenía". Lo veo como el principio de mi vida, no como el principio del final».

A estas alturas, técnicamente, los cuarenta ya ni siquiera se consideran como la mitad de la vida. Alguien que tiene cuarenta años en este momento tiene 50% de probabilidades de vivir hasta los noventa y cinco, dice el economista Andrew Scott, coautor de *La vida de 100 años*.

Pero el número cuarenta sigue teniendo peso y resonancia simbólica. Jesús ayunó por cuarenta días. Mahoma tenía cuarenta años cuando el arcángel Gabriel se manifestó frente a él. El diluvio de la Biblia duró cuarenta días y cuarenta noches y Moisés tenía cuarenta años cuando condujo a los israelitas fuera de Egipto, después de lo cual vagaron por el desierto durante los ya famosos cuarenta años. Brandes escribe que, en algunos idiomas, «cuarenta» significa «muchos».

Y sigue existiendo algo innegablemente transicional en tener cuarenta años. Hasta este punto, únicamente te habías conocido a ti misma como una persona joven certificada; ahora, abandonaste una etapa de tu vida sin terminar de entrar de lleno en la próxima. El francés Victor Hugo supuestamente llamó a los cuarenta «la ancianidad de la juventud». Mientras estudio mi rostro en un elevador muy bien iluminado, mi hija describe esta encrucijada en términos más llanos: «Mami, no eres vieja, pero, definitivamente, no eres joven».

Estoy empezando a ver que, como *madame* —incluso recién estrenada—, me veo sujeta a nuevas reglas. Ahora, cuando actúo adorablemente ingenua, las personas ya no se sienten seducidas, sino desconcertadas. La absoluta inconsciencia ya no va con mi cara. Se espera que me pare en las filas correctas en los aeropuertos y que llegue a mis citas a tiempo.

Para ser honesta, siento que por dentro también me estoy volviendo un poco más *madame*. Los nombres y datos ya no brotan fácilmente en mi mente; algunas veces tengo que sacarlos por la fuerza, como cuando sacas agua de un pozo. Y ya no puedo tratar de sobrellevar el día a base de puro café y solo siete horas de sueño.

Empiezo a escuchar quejas semejantes de mis colegas. En las cenas con amigos de mi edad, noto que cada uno tiene al menos un deporte que nuestros médicos nos han prohibido practicar. Se oyen risas nerviosas cuando alguien señala que, bajo las leyes de Estados Unidos, ya cumplimos los años suficientes como para afirmar que estamos siendo discriminados por nuestra edad.

Las nuevas investigaciones acerca del cerebro documentan las desventajas de los cuarenta: en promedio, a diferencia de personas más jóvenes, es más fácil que nos distraigamos, digerimos la información más lentamente y no tenemos la misma capacidad para recordar datos específicos. (La capacidad para recordar nombres alcanza su máximo, en promedio, a principios de los veinte).

Y, sin embargo, la ciencia también indica las muchas ventajas de los cuarenta. Lo que carecemos en capacidad de procesamiento se compensa en madurez, discernimiento y experiencia. Somos mejores que los jóvenes para percibir la esencia de las situaciones y para controlar nuestras emociones, resolver conflictos y comprender a otras personas. Tenemos mayores habilidades para administrar dinero y para explicar la razón por la cual suceden las cosas. Somos más considerados que los jóvenes y, algo esencial para nuestra felicidad, somos menos neuróticos.

De hecho, la neurociencia y la psicología modernas ratifican lo que afirmó Aristóteles hace unos dos mil años cuando describió que los hombres en la «flor de la vida» no poseen «ni ese exceso de confianza que equivale a la imprudencia ni un exceso de timidez, sino la cantidad adecuada de ambas. Ni confían en todos ni desconfían de todos, sino que juzgan a las personas correctamente».

Estoy totalmente de acuerdo con lo anterior. De hecho, hemos logrado aprender y crecer un poco. Después de una vida entera de sentirnos fuera de lugar, nos damos cuenta de que la mayor parte de nosotros es universal y que mucho menos es lo que nos hace especiales. (Mi evaluación completamente acientífica es que somos 95% séquito y 5% únicos). Y de que, al igual que nosotros, la mayoría de las personas se centran en sí mismas. La travesía decisiva de los cuarenta es pasar de «todos me odian» a «en realidad a nadie le importa».

En diez años más, no me queda la menor duda de que nuestras revelaciones de los cuarenta y tantos nos parecerán de lo más inocentes. («¡Las hormigas pueden ver las moléculas!», me dijo un hombre en la universidad). E, incluso en este momento, la década puede parecer llena de ideas contradictorias que se supone debemos tener en nuestra mente de manera simultánea: finalmente podemos decodificar la dinámica interpersonal, pero no podemos recordar cifras de dos dígitos. Estamos en la cúspide de nuestra capacidad de generación de ingresos —o nos estamos acercando a ella—, pero ahora el bótox empieza a parecer una idea razonable. Estamos alcanzando la cima de nuestra trayectoria profesional, pero también podemos ver la probabilidad de que termine.

**S**i los cuarenta modernos parecen confusos, también se debe a que hemos llegado a una edad que se encuentra extrañamente carente de hitos. La infancia y la adolescencia están hechas de hitos: te haces más alta, pasas de

año en la escuela, empiezas a menstruar, consigues tu licencia para manejar y te gradúas. Después, en tus veinte y treinta, tienes romances con parejas potenciales, encuentras un trabajo y aprendes a mantenerte sola. Es posible que haya ascensos, bebés y bodas. Los picos de adrenalina provenientes de todo esto te motivan y te aseguran que estás construyendo una vida adulta.

En los cuarenta quizá sigas obteniendo diplomas, consiguiendo trabajos, comprando casas y casándote, pero ahora todo ello despierta menos asombro. Los mentores, los padres y las personas mayores que solían alegrarse ante tus logros están preocupados por su propio deterioro. Si tienes hijos, supuestamente debes sorprenderte ante sus hitos. Un periodista al que conozco se lamentaba de que jamás volvería a ser un prodigio en nada. (Acababan de postular a alguien menor que ambos para la Suprema Corte de Justicia de Estados Unidos).

—Apenas hace cinco años, las personas con las que me topaba me decían: «Vaya, ¿tú eres el jefe?» —me contó el presidente de una empresa productora de televisión; ahora nadie se sorprende ante su puesto—. Maduré más allá de la posibilidad de ser un «joven talento» —afirma.

¿En qué nos hemos convertido con la edad? Seguimos siendo capaces de actuar, cambiar y correr carreras de diez kilómetros. Pero los cuarenta conllevan una nueva inmediatez —y una consciencia de la muerte— que no existía antes. Nuestras posibilidades parecen más finitas. Ahora cada elección tomada parece excluir a las demás. Y hay una sensación de ahora o nunca. Si planeábamos hacer algo «algún día» —cambiar finalmente de profesión, leer a Dostoievski o aprender a cocinar cebollitas—, más vale que lo hagamos de una buena vez.

Esta nueva línea de tiempo nos incita a hacer un balance —a veces doloroso— entre la vida a la que aspiramos y nuestra vida real. Las falsedades que hemos repetido por años empiezan a sonar huecas. No tiene caso seguir fingiendo que somos algo que no somos. A los cuarenta ya no estamos preparándonos para una vida futura imaginaria ni acumulando

grados para nuestro currículum. Innegablemente, nuestra vida real está sucediendo en este preciso momento. Hemos alcanzado lo que el filósofo alemán Immanuel Kant llamó la *Ding an sich*: la cosa en sí.

De hecho, la parte más extraña de los cuarenta es que ahora somos nosotros los que estamos escribiendo libros y asistiendo a las conferencias de padres y maestros. Las personas de nuestra edad tienen títulos como director de tecnología y editor en jefe. Somos los que cocinamos el pavo para el Día de Acción de Gracias o las cenas familiares. Estos días, cuando pienso «alguien realmente debería hacer algo al respecto», me doy cuenta, con cierta alarma, de que ese «alguien» soy yo.

No es una transición sencilla. Siempre me había tranquilizado la idea de que había adultos en el mundo. Los imaginaba por allí, curando el cáncer y entregando citatorios. Los adultos pilotean aviones, meten aerosol en latas y se aseguran de que la señal de televisión se transmita mágicamente. Saben qué novelas vale la pena leer y las noticias que deben ir en primera plana. Siempre confíe en que, en una emergencia, aparecerían los adultos —misteriosos, capaces y sabios— para rescatarme.

Aunque no creo en las teorías de la conspiración, puedo entender por qué las personas se sienten atraídas a ellas. Es tentador pensar que existe un grupo de adultos que secretamente lo controla todo. También comprendo el atractivo de las religiones: Dios es el adulto por excelencia.

No me encanta la idea de verme mayor, pero me doy cuenta de que lo que más me altera acerca de convertirme en *madame* es la implicación de que ahora yo soy una adulta. Siento que me ascendieron por encima de mi nivel de competencia.

Y ¿qué es un adulto, a final de cuentas? ¿Realmente existen? Y, si es así, ¿exactamente qué es lo que saben? ¿Y cómo puedo dar el salto que se necesita para convertirme en uno de ellos? ¿Llegará un día en el que mi mente alcance a mi rostro?





## SABES QUE ESTÁS AL PRINCIPIO DE TUS CUARENTA CUANDO...

- **Tu edad se siente como un secreto.**
- Te impacientas cuando te desplazas con el cursor por una lista en busca de tu año de nacimiento.
- **Te sorprendes cuando una empleada te conduce hacia las cremas «antiedad».**
- Te sorprende enterarte de que una de tus amigas tiene un hijo o hija que está en la universidad.
- **Las personas se sorprenden cuando les revelas que tienes tres hijos.**



# 1

## CÓMO ENCONTRAR TU VOCACIÓN

Cuando era niña, las malas noticias no tenían cabida en mi familia. Ante cualquier eventualidad —desde discusiones familiares hasta el conflicto entre Israel y Palestina— la respuesta de mi abuela materna era afirmar alegremente: «¡Estoy segura de que lo resolverán!».

Para una niña, el optimismo incansable no es, ni con mucho, lo peor que podría tener que soportar. Y mis penurias ni siquiera eran singulares: muchos estadounidenses de clase media crecen en hogares felices carentes de introspección. Pero sospecho que el mío era más recalcitrantemente positivo que la mayoría. A fin de evitar temas desagradables, no había nada en lo que ahondáramos mucho, incluyendo nuestros ancestros. Casi había alcanzado la adolescencia cuando me enteré de que dos de mis abuelos y todos mis bisabuelos habían llegado a Estados Unidos como inmigrantes, principalmente desde Rusia. Ya que nadie había dicho lo contrario, siempre supuse que éramos estadounidenses de origen.

Incluso la narrativa de nuestra inmigración era poco clara. Mi abuela decía que sus padres provenían de un sitio llamado «Minski Guberniya», pero no sabía exactamente dónde se encontraba y, cuando en alguna ocasión buscó en los registros de la Isla Ellis, no encontró rastro de ninguno de ellos. Y después, cuando su familia se asentó en Carolina del Sur, instantáneamente se convirtieron en nativos. Mi abuela se convirtió en una Belleza del Sur y miembro de una hermandad que vivía de acuerdo con la máxima local: si no tienes algo agradable que decir, no digas nada.

Nadie en mi familia mencionó jamás que teníamos familiares cercanos que se habían quedado atrás en Minski Guberniya. Cuando finalmente le pregunté a mi abuela al respecto, reconoció que su madre solía enviar paquetes de ayuda con frijoles secos y ropa a hermanos y primos que habían permanecido en Rusia. Pero después de la Segunda Guerra Mundial dejó de enviarlos.

—Perdimos contacto —explicó mi abuela.

Esa fue la manera en que mi familia explicó el destino de los parientes a los que probablemente apresaron y asesinaron en el Holocausto: perdimos contacto.

Esta positividad extrema parecía transmitirse en mi línea materna, donde cada generación protegía a la siguiente de las malas noticias. La noté por primera vez durante la fiesta del cumpleaños cuarenta de mi padre, cuando yo tenía seis años. Estábamos celebrando en casa, en Miami, la ciudad en la que crecí. Los invitados bebían copas en el patio alrededor de la alberca. Yo estaba dentro de la casa cuando escuché un chapuzón y vi que se armaba un alboroto.

—¿Qué pasó? —le pregunté a mi madre.

—No pasó absolutamente nada —me tranquilizó.

Para que conste, mi madre era amorosa, cálida y bien intencionada. Estaba tratando de protegerme. Pero sospecho que me hubiera convertido en una persona diferente —y que quizá me hubiera dedicado a otra

profesión— si simplemente hubiera dicho: «Larry Goodman se emborrachó y terminó en la alberca». Entonces hubiéramos podido estar de acuerdo en que a veces pasan cosas malas y que yo era una testigo confiable de ellas.

En cambio, llegué a sentir que las cosas malas ocurrían en alguna dimensión lejana y vaga, siempre lejos de nosotros. Si no las analizabas con demasiado cuidado, era como si no hubieran sucedido jamás.

Esta perspectiva de la vida era fácil de mantener en Miami. La ciudad está perpetuamente soleada y, literalmente, se creó del aire, ya que solo empezó a crecer de manera exponencial una vez que el aire acondicionado estuvo a disposición de todo el mundo en los cincuenta y sesenta. Años después, cuando quienes serían mis futuros suegros visitaron una de las casas más antiguas de Miami —y que ahora forma parte de un parque estatal histórico— señalaron que tenía casi la misma edad que su casa en Londres.

Es frecuente que las personas se sorprendan al escuchar que pasé mi infancia en Miami. Piensan que es una ciudad de abuelitos. Pero eso principalmente sucede en Miami Beach, una delgada isla frente a la costa oriente de la ciudad. Hay toda otra área calurosa y carente de glamur donde vive la mayoría de los habitantes.

Mis padres compraron su primera casa en tierras que antes habían sido una plantación de mangos. Los árboles de mango seguían presentes y sus frutas se estrellaban sobre nuestros coches, arruinando la pintura. Al igual que las demás casas del vecindario, la nuestra estaba hecha de concreto, contaba con aire acondicionado y estaba diseñada para mantener alejadas a las salamandras, los ladrones y el clima. En ocasiones, una coralillo negra se metía a través de los conductos de ventilación. Casi nunca veíamos la playa.

Prácticamente todos en Miami eran desplazados. Nuestros vecinos cubanos estaban seguros de que pronto regresarían a La Habana. La mayoría de los amigos de mis padres tenían acentos de Brooklyn o de alguno de los tres estados de la costa noreste de Estados Unidos. Imaginábamos que

el sur de Florida tenía las mismas estaciones que Nueva York, aunque en las fotografías de las tiendas departamentales donde aparecía yo con Santa Claus me veo completamente bronceada y voy vestida con *short*.

La falta de contexto y el aura de idealismo de Miami encajaban con nosotros a la perfección. Cuando mi madre tenía que revelarnos cualquier tipo de mala noticia —como cuando debía decirnos que un conocido tenía cáncer— lo intercalaba en los informes de invitaciones a cenar y reportes de las prácticas de porristas. La mala noticia pasaba con tal velocidad que a menudo dudaba de que la hubiera escuchado.

Eran los ochenta y nos encontrábamos en la cima del *boom* de divorcios en Estados Unidos, de modo que era frecuente que me enterara de que adultos a los que conocía se estaban separando, pero jamás me enteré de las razones. Mis padres no decían gran cosa de los conocidos y tampoco describían las relaciones entre nuestros familiares. En una ocasión, los vi cuchichear acerca de una tía alcohólica, pero cuando les pedí que me dieran detalles se quedaron callados. (Años más tarde me enteré de que la famosa tía se lanzaba a vociferar diatribas antisemitas después de su primer *Bloody Mary*).

Estos detalles no se consideraban aptos para niños. De hecho, casi nada lo era. Describíamos los sucesos mundiales, la ropa nueva y las vacaciones de verano con frases hechas totalmente vagas como «es horrible», «eso se ve monísimo» o «nos la pasamos de maravilla». Las personas a las que aprobábamos eran «fantásticas» (a una de las amigas de mi mamá le gustaba describir a las mujeres bonitas como «una delicia»); las que no nos agradaban eran «molestas». Alguien que hablaba demasiado acerca de cualquier tema era «aburrida» o «poco común». (Más tarde me daría cuenta de que estas personas «aburridas» eran los semiintelectuales entre nosotros).

Por supuesto, mis padres no eran mi única fuente de información. Sabía que existían el sida y los prisioneros políticos, y que los cárteles colombianos de la droga asesinaban personas en Miami. Leía libros en los que los personajes tenían un trasfondo, cualidades contradictorias y vidas in-

ternas. Pero, como hija mayor obediente, también creía que lo que sucedía en casa era la vida real. Y en nuestra casa no reuníamos datos para analizar patrones ni examinábamos nuestras propias experiencias ni especulábamos acerca de los demás. Tampoco discutíamos nuestra propia historia, origen étnico o clase social. Lo único que lograbas al señalar las verdades complicadas era hacer que todos se sintieran incómodos. Era como decir que Larry Goodman había terminado en la alberca.

Conforme fui creciendo llegué a suponer que existía una conversación adulta aparte acerca de la vida que ocurría cuando yo no estaba presente, o que toda la charla inconsecuente era un preludio para el día en el que finalmente nos sentaríamos a discutir todo. Sentí un enorme alivio cuando, en distintos viajes al supermercado, mi madre llevó a casa los diferentes volúmenes de una enciclopedia de segunda. Al fin había algunos datos dentro de la casa. (Tuvimos que esperar a que volvieran a surtir algunos de los volúmenes populares, como el de la «S»).

La ironía es que mi infancia fue un encubrimiento sin delito. Estoy casi segura de que Larry Goodman salió ileso de la alberca. Lo más probable es que ni siquiera tuviera un problema con el alcohol. En términos generales, detrás de la cortina de humo de las trivialidades y buenas noticias, no sucedía nada terrible.

Mis padres sí guardaban un oscuro secreto: no éramos ricos. A diferencia de muchos de sus amigos, constantemente se preocupaban por el dinero. Tampoco éramos pobres, de acuerdo con ningún estándar razonable, pero sentíamos que lo éramos por vivir aferrados a la porción inferior de la clase media alta.

En Miami, el dinero era absolutamente esencial. Sin importar cuáles fueran tus habilidades sociales o, incluso, tus antecedentes penales, ser rico te brindaba estatus y mística. (Florida siempre ha atraído a personas con «un deseo desmesurado por volverse rico rápidamente y con un mínimo de esfuerzo físico», dijo el economista John Kenneth Galbraith).

Y, a mediados de los ochenta, Miami estaba de camino a convertirse en una de las ciudades más desiguales de Estados Unidos. Los amigos de mis padres vendieron sus primeras casas, cercanas a la nuestra, y construyeron mansiones más cerca de la bahía, con bares junto a la alberca y canchas de tenis. Pronto empezaron a vestirse de gala para banquetes de caridad, a manejar Mercedes y a veranear en Colorado para escapar del bochorno de Miami.

Mi familia se quedó rezagada en la plantación de mangos, completamente perpleja. ¿De dónde provenía todo ese dinero? ¿Exactamente cómo era que alguien llegaba a ser dueño de un banco, como varios de los amigos de mis padres?

Mi papá estaba chapado a la antigua. Nació en Brooklyn justo antes de la Segunda Guerra Mundial, de padres inmigrantes de clase trabajadora que vivían junto a sus familiares con nombres como Gussie, Bessie y Yetta. Su propio padre, Harry, abandonó la escuela a los doce años para dedicarse a repartir periódicos; primero, con una carreta jalada por caballos y, más tarde, con un camión repartidor y un cigarro eternamente metido en la boca. Un día, cuando mi padre era adolescente, fue hasta el camión para ayudar a su papá después de la escuela. Lo encontró en la parte de atrás, encorvado sobre un montón de periódicos, muerto de un infarto.

Mi padre estudió en la universidad un par de años y después consiguió una serie de trabajos en producción televisiva. Cuando mi madre lo conoció en la ciudad de Nueva York, en una cita a ciegas, vio a un hombre apuesto, de edad apropiada, que se vestía de traje para ir a trabajar y quien —a diferencia de la reciente sucesión de novios que había tenido— era verdaderamente agradable.

Todo eso era cierto, pero lo que no vio, a causa de su optimismo, fueron las enormes diferencias entre ellos. La familia de mi madre había salido alegremente de su pequeño pueblo judío para dirigirse al sol. Los padres de ella, nacidos en Estados Unidos, estaban bien establecidos y eran sagaces y exitosos.

Mi padre era patriótico, nostálgico, soñador y leal. Aunque se había sentido deslumbrado por las habilidades sociales y la familia elegante de mi madre, jamás dejó de sentir añoranza por el viejo vecindario.

Se mudaron a Miami, donde creció mi madre. No había muchos trabajos en la industria televisiva en la ciudad, de modo que mi papá abrió una pequeña agencia de publicidad y se dedicó a hacer comerciales para los mercados de pulgas e hipódromos de la localidad.

Su carácter «verdaderamente agradable» se derritió en el sol y se convirtió en depresión. Papá era fabuloso en cuanto a la parte creativa, pero para obtener más negocios tenía que venderse a sí mismo a sus clientes potenciales. Y, para ser bueno en las ventas, tienes que ver el interior de la mente de las personas con el fin de averiguar qué desean o tienes que ser tan irresistible que quieran lo que sea que estés vendiendo.

Papá no contaba con ninguna de ambas cualidades. Le gustaba acostarse temprano, hacer juegos de palabras y utilizar frases hechas. (Hasta el día de hoy una de sus favoritas es: «Hasta un reloj descompuesto da la hora correcta dos veces al día»). Había peleas constantes entre mis padres, ya fuera porque mi papá manejaba demasiado lento o porque se había vuelto a quedar dormido durante una cena. «¡Solo estaba descansando la vista!», solía decir.

Además, perenemente estaba al borde de perder su más reciente cuenta publicitaria. Y se culpaba por ello. Teníamos esa especie de diálogo absurdista cotidiano en el que yo le preguntaba cómo le había ido ese día y él me respondía, de manera avergonzada, que estuvo «ocupado». Incluso en ese entonces pude darme cuenta de que no era así, y de que las peleas de mis padres realmente no tenían nada que ver con que mi papá manejara despacio, sino con que no era capaz de cambiar al carril de alta de la vida.

Mamá era totalmente lo opuesto: sociable, carismática, confiada y capaz de vender lo que fuera. Popular y bonita, habían votado por ella como la mejor vestida de la preparatoria y después había conseguido su título



en ventas de la Universidad Estatal de Ohio. Se interesaba en cualquier cosa que fuera nueva: los nuevos estilos de moda, los restaurantes más novedosos. Convirtió nuestra sala en una galería y organizaba espectáculos para artistas prometedores. Ella y una socia abrieron una exitosa *boutique* de ropa para dama que también fungía como una especie de club, donde las mujeres iban tanto a platicar como a comprar. Técnicamente, el clima de Miami es «tropical monzónico», pero como siempre helaba adentro a causa del aire acondicionado, sus clientas compraban cientos de suéteres de casimir.

Yo crecí en el mundo de mi madre. Si no estaba con ella en la *boutique*, la acompañaba a las diferentes tiendas departamentales para ver lo que vendía la competencia. A los ocho años, mientras los otros niños se rompían huesos practicando algún deporte, yo sufrí una lesión por compras; mi hermano y yo estábamos jugueteando por allí en el departamento de ropa deportiva para damas de Burdine's cuando un carrito que llevaba una caja registradora se volteó y me fracturó la muñeca.

Las compras eran un tema que discutíamos a profundidad. Incluso eran una fuente de sabiduría. «Si no lo adoras, no lo compres», decía mi abuela. Nuestro equivalente minorista de un *kōan* budista era: «¿Por qué una vez que llevas una prenda a casa jamás vuelve a verse tan bien como se vio en la tienda?».

Cuando fue momento de elegir un tema para mi fiesta de *bart mitzvá*, ignoré todos los comunes en esa era —tenis, viajes al espacio, *luau* hawaiano— y elegí «compras» en su lugar. Era el único tema que conocía a detalle. Mi mamá y yo hicimos tarjetas de mesa en forma de tarjetas de crédito y se contrató a una organizadora de eventos para que creara centros de mesa en forma de bolsas de Bloomingdale's y Neiman Marcus. La organizadora se sorprendió cuando elegimos como tema las compras, pero nadie de mi familia pensó que fuera una manera peculiar de celebrar mi paso a la adultez.

Lo que sí hicieron fue mencionar que no podíamos costear la fiesta. En una inusitada revelación de malas noticias, mi madre me llamó a su recámara un día para decirme que existía la posibilidad de que tuviéramos que cancelarla por falta de fondos. (En lugar de ello tuvimos la fiesta en un salón más barato).

Nuestro estilo de vida estaba auspiciado por el padre de mi mamá, quien pagó la mayor parte de la fiesta y el nuevo techo de la casa. Aunque mi abuelo, al igual que mi padre, era hijo de inmigrantes pobres, tenía la capacidad de conectar con la gente, cerrar tratos y generar dinero.

Mi abuelo pagó las escuelas privadas donde me codeé con los hijos de los superricos de Miami. Algunos de mis compañeros de clase vivían en mansiones frente a las playas de Miami Beach que rentaban a productores cinematográficos y de programas de televisión. Otros recibían Porches cuando cumplían dieciséis años. Cuando en una ocasión mi madre llegó a recogerme a la escuela en su Toyota, un chico comentó con desprecio: «¿Ese es el coche de tu sirvienta?».

Jamás cuestioné esa cosmología. Supuse que, en mi caso, un desenlace óptimo sería casarme con un cirujano plástico. (Otro de los aforismos de mi abuela era: «Es igual de fácil enamorarse de un rico que de un pobre»).

Aunque no me di cuenta de ello en el momento, mi vida cambió cuando descubrí *The Official Preppy Handbook* (Manual oficial para niños bien) —una guía satírica de los hábitos de los WASPS, los blancos anglosajones protestantes de rancio abolengo de la Costa Este de Estados Unidos—. Ese libro describía un mundo en el que las personas tenían *setters* irlandeses, iban a esquiar a Gstaad y utilizaban cinturones decorados con figuras de patos. («Mientras un objeto tenga menos que ver con patos, más clama por un adorno relacionado con ellos»).

Antes de leer el libro, apenas me había percatado del hecho de que hubiera estadounidenses que no fueran latinos, judíos ni negros. Y no me era familiar la estética WASP: ¿quién hubiera dicho que era bueno tener muebles usados?

Yo sabía que no era una niña bien. No conocía a nadie que se llamara Skip o Bink (aunque sí tenía un amigo cubano al que le decíamos «Juanqui»). Sabía navegar un poco, pero mi casa no estaba plagada de cigarreras que mi papá hubiera ganado en diferentes regatas.

Pero el libro sí confirmó mis sospechas de que había mucho que mi familia no decía. La vida diaria —incluso la mía— podía decodificarse y explorarse en busca de significado. Tu ropa, tu alfombra, las palabras que utilizabas y los objetos regados por las distintas partes de tu casa equivalían a una especie de mapa tribal.

Nosotros jamás discutíamos cuál era nuestra tribu, y nuestras costumbres religiosas eran de lo más superficiales. (En mi bat mitzvá con tema de compras servimos coctel de camarones). Pero, cuando entraba a un restaurante con mis padres, podía distinguir a las mujeres conocidas de mi madre incluso si yo jamás las había visto antes. Tenían las mismas caras, ropa y cortes de cabello que nosotras. La mayoría de sus padres o abuelos habían llegado a Estados Unidos de la misma área general de Europa que los nuestros, aproximadamente en la misma época. Era como si poblaciones enteras de Bielorrusia se hubieran reubicado en el sur de Florida, donde sus descendientes ahora cenaban en los mismos restaurantes italianos.

Aunque en aquel entonces no lo sabía realmente, yo añoraba tener un equivalente del *Manual oficial* de mi propia vida que explicara nuestros objetos rituales, vestimentas y costumbres. Quería saber el significado invisible de todo: desde la ropa que usábamos, pasando por la razón por la que todos nosotros teníamos acentos cuasi neoyorquinos, hasta el lugar exacto de donde proveníamos. Pero ¿cómo hacer la antropología de mi propia vida? Ni siquiera era yo un testigo confiable como para saber quién se había caído en nuestra alberca.

A medida que fui creciendo, llegué a confiar más en mi propio juicio. En un aeropuerto, a punto de volar a casa después de un viaje de preparatoria —financiado por mi abuelo— me topé en la sala de abordar con el

marido de una de mis primas mayores. Solo que no estaba con mi prima y sus dos hijos, sino que se encontraba con una bonita rubia y con un pequeñito igualmente rubio. Al verme, se aterró.

—El primo Neil tiene otra familia —le conté a mi madre, ya de vuelta en Miami.

—Imposible —me contestó. (Sin interferencia alguna de mi parte, mi prima y su marido se divorciaron poco tiempo después).

Tras esa probadita de detección de verdades, yo quería más. Empecé a leer las novelas de espías de la Guerra Fría de mamá y a soñar con tener un intelecto agudo que usaría para descifrar códigos secretos y resolver crímenes.

Poco importaba que no pudiera seguir la trama de una *película* de espías o que no fuera capaz de memorizar un número de teléfono o guardar un secreto. Imaginé un futuro donde recordaría las placas de los automóviles mientras pasaban como ráfaga junto a mí y en el que desenmascararía los motivos ocultos de los agentes extranjeros. Seguramente, la CIA se percataría de mis talentos y me reclutaría.

Cuando entré a la universidad, lo natural hubiera sido que estudiara Letras Inglesas (la verdadera recomendación que daban todas esas novelas de espías que me fascinaba leer). Pero la literatura me parecía una materia demasiado fácil. Decidí estudiar filosofía para perfeccionar mis capacidades analíticas. Me apegué a ello a pesar de que carecía de talento alguno y de que no disfrutaba mis clases. Cuando le pedí una carta de recomendación a una de mis profesoras, escribió: *Pamela probablemente logrará ser buena en algo, pero no en filosofía.*

Obtuve cierta perspectiva de Miami cuando estudié en México durante un semestre. Como parte de un programa denominado «La realidad», viví con una familia de siete personas en su casa de tabiques en una calle de terracería. La única llave de la casa solo tenía agua fría, de modo que me bañaba con una cubeta de agua que calentaba con un calentador. Una noche, cuando sirvieron un exótico mamey después de la comida, me

lo devoré completo. Levanté la mirada para toparme con siete caras decepcionadas; la pieza de fruta tendría que haber sido el postre para todos.

—¡No somos pobres! —le dije emocionada a mi papá cuando regresé a Miami. De acuerdo con los estándares del México que había experimentado, nuestro Toyota de medio pelo era un objeto de lujo. Pero mi papá no se reconfortó por mi nueva perspectiva. Él no quería desacreditar los juegos que se jugaban en Miami, simplemente quería dejar de perder cuando los jugaba. Un día, sentado en el Toyota en la entrada de la casa, debajo de los árboles de mango, me hizo una confesión.

—No sé cómo hacer dinero —me dijo.

Yo tampoco sabía. Después de graduarme, trabajé brevemente para una nueva empresa israelí de internet cuyo modelo de negocios, según pude entender, era publicar información acerca de las distintas fiestas judías. Por lo menos puedo decir a mi favor que sí me pregunté la razón por la cual tenía tantos empleados, la mayoría de ellos hombres jóvenes. Lo que no noté fue que, a puertas cerradas, a poco más de cinco metros de mi escritorio, un equipo de programadores llevaba el negocio verdadero: un sitio de pornografía en línea. (Un excompañero me lo reveló años después de que ambos nos saliéramos de allí).

Ingresé a la adultez todavía sin tener poderes de percepción ultradesarrollados. Deseaba tener un cerebro como de navaja, pero el mío más bien parecía una cuchara. Podía profundizar en las cosas, pero me llevaba cierto tiempo. Aunque no era para nada tonta, estaba lejos de ser astuta. En ocasiones tenía destellos de comprensión que me venían años después de los hechos. Cuando sucedía algo malo o, incluso, sorprendente, mi primer impulso era ignorarlo.

Así pues, decidí convertirme en periodista. Algunos eligen ser reporteros porque son observadores perspicaces o porque quieren mostrar delitos. Yo tuve una razón diferente: quise averiguar, al fin, qué era lo que estaba sucediendo.